



Sociedad-mundo, naturaleza y culturas. El caso de África

World-society, Nature and Cultures. The case of Africa

Fabien Adonon Djogbénu¹

Resumen

El artículo subraya la necesidad de abordar el estudio de África desde una perspectiva diferente a la que ha predominado en la disciplina de Relaciones Internacionales, caracterizada por el enfoque eurocéntrico, con el objeto de abrir nuevas posibilidades teóricas en el horizonte negroafricano. Para ello, propone retomar la idea de que el ser humano está ligado a sus semejantes, no está aislado ni es independiente, y se encuentra en busca de una relación permanente de equilibrio, intercambio e interdependencia. Al respecto, destaca que uno de los fundamentos del “arte de vivir africano” es la comunión con la naturaleza, percepción totalmente diferente a la occidental. Las conclusiones del artículo se orientan hacia la búsqueda de esfuerzos explicativos provenientes directamente del interior de África, sin descartar las opiniones vertidas desde fuera, pero tratando de construir un marco adecuado para dar respuesta a las inquietudes y necesidades de las sociedades de dicho continente.

Palabras clave: África, estudios regionales, cultura, identidad, teoría de Relaciones Internacionales, naturaleza, relaciones internacionales.

Abstract

The article examines the need of a new approach to the study of Africa based on a new perspective, different from the predominant in International Relations, characterized by an Eurocentric approach, and invites use to open up new theoretical possibilities in order to understand Africa. It proposes the idea that human being are bound to his fellows, is not isolated or independent, and seeks a permanent equilibrium and interdependence. In this regard, it stresses that one of the foundations of the “African way of life” is the communion with nature, very different from West’s one. The conclusions are oriented toward the search of explanatory efforts which come directly from inner Africa, without ruling out the opinions from outside, but trying to build a framework to address the concerns and needs of African societies.

Key words: Africa, regional studies, culture, identity, International Relations theory, nature, international relations.

¹ Doctor en Ciencias Sociales por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, Francia. Profesor adscrito al Centro de Relaciones Internacionales de la FCPYS-UNAM.



Me alegro de que palabras, nociones o conceptos como cultura(s), identidad(es), religión(es) o naturaleza comiencen a usarse con frecuencia notable y estimulante tanto en la docencia como en la investigación en el Centro de Relaciones Internacionales de la FCPYS de la UNAM. Estoy en deuda con científicos, filósofos y tradicionalistas africanos que son conocidos por un número limitado de nuestros colegas y que afortunadamente lo son más aún por nuestros alumnos, lo cual nos permite compartir algunos conocimientos sobre África, un continente poco conocido.

Advertencia

En el escenario de Relaciones Internacionales, un primer acercamiento a África, en general, y a África negra, en particular, a través de sus organismos continentales y sus instituciones regionales y subregionales de la era de las independencias significa sacrificar el pasado y el presente de esta parte del mundo en el altar de la inmediatez o de lo coyuntural. Ello es producto de una amnesia histórica programada, de una ausencia de raciocinio. Esta opción, que por cierto es la más generalizada, obstaculiza el entendimiento inteligible de los procesos en curso de la región, del mismo modo que el desconocimiento del eurocentrismo, vigente en el estudio de culturas diferentes a la propia, dificulta el acercamiento a otra tradición epistemológica.

Se necesita saber leer entre líneas para no quedar atrapado en las certidumbres racionales de las llamadas “comunidades científicas más consolidadas” de la tradición del saber europeo de dominación, que es la historia de muchos “intelectuales y especialistas” de países oficiales. Tales certidumbres poco resisten la prueba del tiempo en cuanto a la naturaleza y a muchos grupos humanos.

Dice Tierno Bokar –filósofo tradicionalista africano y sabio de Bandiagara– a un joven investigador: “Si quieres saber quién soy, si quieres que te enseñe lo que sé, deja un instante de ser lo que eres y olvida lo que sabes”.

De la sociedad-mundo

En la visión negroafricana del mundo el ser humano está ligado a sus semejantes. No podría concebirse aislado o independiente. Al igual que la vida es unidad, la comunidad humana es una e interdependiente. Esta noción va acompañada de las ideas de equilibrio, intercambio e interdependencia.



La sociedad-mundo parece, entonces, estar en perfecta armonía con la visión negroafricana del mundo o de la naturaleza. Sin embargo, tomando en cuenta las realidades palpables de la actualidad en la que vivimos, he disociado –en la primera parte de estas reflexiones– la sociedad-mundo, por un lado, de la naturaleza y las culturas, por otro, debido a la siguiente razón: en un mundo tan hermosamente diverso, la “religión” de la asimilación o la integración forzada, la ideología de la exclusión, no es y no puede ser la mía.

Recuerdo haber precisado con cierta vehemencia, y a la vez con amargura, en ocasión del Coloquio Internacional de Primavera dedicado a las “Expresiones de la política internacional en las áreas regionales”, que nosotros no hablamos únicamente de los llamados Estados africanos, es decir, de las Áfricas oficiales, sino también de las Áfricas de los pobladores, de los pueblo-naciones, del África de las aldeas. Estas Áfricas que difícilmente pueden ver –y menos aún, sentir– los especialistas en bloques de poder o de estrategias de bloques, los supremos teóricos de estas relaciones internacionales llenas de Estados, de aparatos de Estado, de organismos internacionales, pero vacías de naciones: vacías de seres humanos.

Conceptos como “glocalización” (global/local) y “fragmeegración” (fragmentación/integración) o, dicho de otra manera, mundialización y regionalización, intensifican la invisibilidad del Estado; de manera más precisa, acentúan la insignificancia de nuestros Estados-nación en la “liga mayor” de Relaciones Internacionales.

También recuerdo haber alentado al público, entonces casi exclusivamente estudiantil, con estas palabras: “¡Cuán grande es el mundo! Que los árboles de los Estados africanos no nos impidan ver las selvas africanas; que las potencias, ya sean grandes, medianas o pequeñas, no nos impidan ver el mundo”. En ese sentido, el concepto “sociedad-mundo” me preocupa y me ocupa, tal como me inquietó en su tiempo el término “aldea planetaria” de Jacques Delors.

Una sociedad-mundo pensada y realizada sin muchos de nosotros no está, por consiguiente, hecha para nosotros. Esta sociedad de los “amos del mundo” y de sus asimilados excluye de antemano muchas singularidades, y bien sabemos que la negación de lo singular no es el camino hacia “lo universal”.

El pensamiento único es precisamente aquel que, como un reflector, irradia su luz diáfana supuestamente exenta de oscuridad, pero en realidad la penumbra que puede provocar –y que de hecho provoca– el pensamiento unívoco, con el contenido de sus nociones, comprueba que los conceptos son nada más y nada menos que productos culturales de unos pocos que se erigen en paradigmas dominantes.

Basta con extrapolar a la sociedad-mundo lo que pasa a nivel del actor principal, favorito o más cómodo de Relaciones Internacionales para entender



o, por lo menos, imaginar, los peligros que encierra este otro invento del pensamiento único.

Debe quedar claro que el respeto integral y no reduccionista del ser humano en la variedad de sus redes de pertenencia y en la singularidad de sus culturas no puede comulgar con la idea de sociedad-mundo. La cultura africana es la expresión del genio de los africanos y exige como tal un pensamiento autónomo, pues ésta no se aprende: se vive.

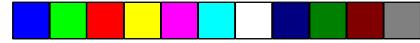
En este sentido, Aimé Césaire, citando a Benjamin Constant, nos recuerda a todos, pero sobre todo a aquellos que han olvidado que federar es unir en la diversidad, o a quienes no pueden concebir la unidad sin el holocausto de las identidades particulares, que la nación entera no es nada cuando se le separa en las fracciones que la componen. Es defendiendo los derechos de estas últimas que se defienden los derechos de la nación entera. No olvidemos que también hay grandeza en lo pequeño.

Concluyo estas primeras reflexiones con un pensamiento de Mahatma Gandhi que me parece idóneo como introducción al tema de naturaleza y culturas: “No quiero que mi casa quede totalmente rodeada de murallas, ni que mis ventanas sean tapiadas. Quiero que la cultura de todos los países sople sobre mi casa tan libremente como sea posible. Pero no acepto ser derribado por ninguna ráfaga”.

De la naturaleza y las culturas

El tema de naturaleza y culturas me parece más fácil de articular porque un concepto no puede explicarse sin el otro y, sobre todo, porque las bases y las explicaciones de las religiones africanas están presentes como causa y efecto en la naturaleza y las culturas. Más aún, los ritos “de iniciación” se basan tanto en la naturaleza como en la cultura y se sustentan en la tradición africana que se transmite de generación en generación por medio de la tradición oral. ¿Qué son las tradiciones en África sino el conjunto de sus conocimientos humanos? Para los africanos todo es historia, y la historia es la memoria y la tradición de los viejos: qué han hecho los viejos en tal ocasión, frente a determinada enfermedad o qué posición han tomado ante algún acontecimiento.

La tradición es la enseñanza básica, considerada como el conjunto de los conocimientos humanos de África. Comparando la tradición con un árbol, es de ella misma que se desprenden las ramas que mueren. No se puede tocar el tronco y menos aún su raíz. Negar la tradición africana sería abdicar de su personalidad.



Entonces, el saber es la herencia de todo cuanto los ancestros han conocido y nos sigue siendo transmitido en germen, tal como el baobab está contenido potencialmente en su semilla, que no es más grande que un grano de café. Así, muchos entenderán la pertinencia de *Escrito en las nubes. Inmanencia de la tradición oral en África negra*, producto del “Seminario Permanente de Estudios Africanos”, y firmado por la profesora e investigadora Akuavi Adonon Viveros y por el autor de estas líneas.²

Al respecto, Tierno Bokar decía: “La escritura es una cosa y el saber otra cosa. La escritura es la fotografía del saber, no es el saber mismo”.

Amadou Hampâté Bâ, el ilustre discípulo de Tierno Bokar y guardián del templo de la tradición africana, afirmaba: “La tradición oral es conocimiento total”. El conocimiento africano es inmenso, variado y toca todos los aspectos de la vida; es, en suma, “ciencia de la vida”, entendida ésta como unidad, donde todo está entrelazado y es interdependiente e interactuante.³

Lo anterior se refleja en la base de las representaciones del pensamiento colectivo, constituido por nueve categorías principales, a saber: 1) el ser humano; 2) los vertebrados; 3) los invertebrados; 4) los vegetales verticales; 5) las plantas trepadoras; 6) las plantas reptantes; 7) los vientos; 8) los líquidos y 9) los metales. Estas subdivisiones comprenden los principales signos que dan cuenta de la arquitectura de nuestro universo y donde la tierra es considerada el “ombigo del mundo”.

Uno de los fundamentos del “arte de vivir africano” es la participación o comunión con la naturaleza. La vida religiosa africana es un acercamiento al universo invisible a través del mundo visible, de ahí la diferencia con el “arte de vivir occidental”. Moldear su medio ambiente insertándose en la naturaleza: he ahí lo que las concepciones técnicas ajenas no entienden y, por ende, no toman en consideración en sus llamados proyectos de “desarrollo”.

Hay una relación ineludible entre la protección a los recursos naturales y el desarrollo que impone el respeto de los saberes endógenos; es decir, las representaciones que los habitantes o seres vivos tienen de sus relaciones con la naturaleza o con su medio ambiente. No hay que olvidar que en África aún existen sociedades agrarias, no poblaciones rurales, como los expertos en desarrollo y sus técnicos oficiales suelen designarlas.

Muchos investigadores sostienen atinadamente esta concepción cuando consideran que la vida del hombre agrario se prolonga en la vida de las plantas

² Véase Akuavi Adonon Viveros y Fabien Adonon Djogbénoú, *Escrito en las nubes. Inmanencia de la tradición oral en África*, FCPYS-UNAM, México, 2009.

³ Véase Amadou Hampâté Bâ, *Aspects de la civilisation africaine*, Présence Africaine, París, 1972.



y de los animales, de la tierra y del cielo. Ésta se prolonga en el flujo vital que anima el viento y los astros, la germinación y la maduración, la marea y la lluvia. Existe una relación muy estrecha entre los procesos ecológicos, la salud y la reproducción humana. Las palabras utilizadas para describir los procesos agroecológicos en numerosas sociedades africanas son las mismas que describen ciertos aspectos de la fecundidad y de la salud reproductiva humana.

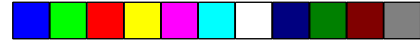
La tendencia tanto de la ciencia europea como de la estadounidense y sus asimilados es trazar una frontera conceptual entre el cuerpo humano y el suelo, entre el medicamento y la agricultura. Por el contrario, numerosos vocablos ecológicos africanos cubren conceptos que organizan los elementos de una práctica local de reproducción y medicación y viceversa. La reproducción, tanto humana como vegetal, necesita la convergencia simultánea de fluidos en condiciones de buena temperatura. Dicho de otra manera, la simultaneidad de la temperatura, la humedad y la maleabilidad debe intervenir en los ciclos de la reproducción humana y vegetal.

Las creencias del mundo agrario influyen, como lazos de causalidad y de representación, en los procesos relativos a la reproducción y la salud del ser humano, por una parte, y en la productividad del medio ambiente, por la otra. En suma, el ser humano no es más que una parte de la naturaleza.

Para europeos, euroamericanos y asimilados, el mayor proyecto en la vida es domar, dominar, transformar el mundo y reinar sobre él, aunque carezcan de las herramientas teóricas y técnicas para lograrlo. Por el contrario, el proyecto mayor del “arte de vivir africano” es estar en armonía con la naturaleza, insertarse en ella pese a las ideas ajenas de modernidad y de progreso que se incorporan, en ocasiones de manera forzada. Los expertos en cooperación para la construcción de vías de comunicación en África –y en África negra en particular– son los más indicados para dar testimonio de los numerosos obstáculos que tienen que sortear a fin de llevar a cabo su misión.

Los concedores africanos se sitúan más allá de las condiciones ordinarias de la existencia. En ciertos países africanos donde la iniciación ha resistido a la colonización y a las independencias posteriores, representa un verdadero antídoto contra la inexperiencia y la ignorancia de los amos de ayer y de hoy.

Cualquiera que sea el grado de estudio de los negroafricanos de mi generación y de mi país de origen, la lengua francesa sigue siendo aprendida, pero no es una lengua que arrulle al negroafricano en la cuna ni envuelva progresivamente su ser. Nos gusta escuchar nuestra lengua, aunque un oído ajeno la perciba pesada, oscura, irritante o fea. Nosotros la percibimos dulce. Los sonidos son tan naturales como si nunca hubiéramos tenido que aprender a articularlos, como si siempre hubieran estado en nosotros, como si nuestra



existencia ya no pudiera concebirse sin ellos, sin estas palabras ni los valores que transmiten y que empiezan a moldear, a orientar nuestra sensibilidad desde la cuna y guían nuestros pasos en el descubrimiento paulatino de todo lo que nos rodea. Como lo propio de una lengua es ser el vehículo de las maneras de ser o del querer ser de un grupo humano, de un pueblo, manifiesta al exterior las características de estas maneras de ser o querer ser: las características de una civilización.

El conjunto de valores que transmite la lengua está en el ser humano, son el ser humano. Cuando éstos dejan de pertenecer a la historia cotidiana, toman el camino de lugares tan apreciados y visitados en algunas sociedades: los museos. Por eso es, quizá, que la idea de museo aún no está arraigada en las comunidades negroafricanas.

Servirse de una lengua para expresar valores ajenos a ésta: tal es el reto que enfrentan los hablantes de una lengua aprendida para expresar, hacer entender y compartir con el otro, con aquel que no pertenece a esta lengua, a estas ideas, imágenes, a ciertos sentimientos o silencios.

Para mí hay dos posibilidades: 1) someter a la lengua extranjera a considerables cambios, es decir, romper su asociación habitual y adecuarla a una necesidad determinada de expresión, que es lo que estoy tratando de hacer en este preciso momento con el español; o 2) aceptar, tal cual, la lengua prestada (Sartre diría “la lengua robada”), renunciando así a la expresión precisa de mi visión del mundo, de mi manera de concebir la vida, posibilidad que representa el mejor camino hacia la despersonalización. Un africano despersonalizado no puede crear obras dignas de los africanos, y abundan los ejemplos para ilustrar esta situación.

La tradición oral en África Negra, más allá de la oficial y raquíca educación nacional, sigue siendo la vía principal hacia el conocimiento. No tengo intención de extenderme sobre este vasto tema; sin embargo, resulta ineludible abordarlo, así sea de modo somero, al tratar el tema de naturaleza y culturas.

Algunas sociedades africanas son iniciáticas; es decir, aún existe en ellas el rito de la iniciación, a través del cual se adquiere el conocimiento vía tradición oral. Es un enfrentamiento del ser humano consigo mismo durante toda su vida. Es una experiencia que se enriquece día tras día, más acabada en el viejo que en el adulto y más completa en éste que en el niño. Es importante recalcar aquí que la ausencia de prácticas iniciáticas no significa, de ninguna manera, la ausencia de tradición oral y, en consecuencia, la transformación lenta de la persona como un paso progresivo de la exterioridad a la interioridad. Esto permite tomar conciencia de su humanidad, y es en esta tela de fondo en la que se inscriben todas las manifestaciones de vida, desde las más insignificantes hasta las más imponentes.



La vía hacia el conocimiento es una enseñanza progresiva que familiariza a la persona con las significaciones de su propio cuerpo, el sentido que debe dar al universo, a la naturaleza. El ser humano está en función de la naturaleza: su cuerpo y el mundo o la naturaleza son dos entidades inseparables, pensadas una en función de la otra. Dicho de otra manera, la tradición considera al cuerpo del ser humano como el universo en miniatura. Por eso es que la enseñanza tradicional africana se enfoca en el conocimiento relativo a la estructura del mundo. Eso significa que los africanos, a la par de otras comunidades humanas, están conscientes de que sólo el conocimiento libera al ser humano de las ataduras de la materia y le facilita elevarse más allá de las condiciones ordinarias de existencia.

Con base en el sentimiento profundo de la unicidad de la vida, el ser humano no está separado del mundo natural que lo rodea, pues mantiene con su medio ambiente relaciones de dependencia y equilibrio, codificadas por reglas de comportamiento que la tradición le enseña. Esas reglas determinan el accionar hacia sí mismo, hacia sus semejantes, hacia animales, vegetales, minerales y hacia su medio ambiente. Estas reglas no pueden ser violadas por el ser humano so pena de provocar, en el seno mismo del equilibrio de la naturaleza y de las fuerzas que la sostienen, una perturbación que se volvería en su contra.

Amadou Hampâté Bâ nos enseña que sin el conocimiento de los signos principales que ponen de manifiesto la arquitectura del universo, el ser humano está perdido, sin brújula. El iniciado conoce las categorías principales y las subdivisiones de cada una de ellas.

Hemos dicho que en África todo es historia. La gran historia de la vida comprende múltiples secciones, como por ejemplo la historia de las tierras y de las aguas, que otros llaman geografía; la historia de los vegetales, conocida como botánica y farmacopea; la historia de los hijos de la entraña de la tierra, denominada mineralogía, etc. Estos conocimientos siempre son concretos y desembocan en usos prácticos.

Para dar continuidad a esta idea, me permito remitir al lector al trabajo de Amadou Hampâté Bâ, *Las religiones tradicionales africanas como fuente de valores de civilización*, presentado en el Coloquio de Cotonou en agosto de 1970 y disponible en español en el volumen uno de la Antología de Estudios Africanos, *Hacia el universo negroafricano*, de nuestra autoría.⁴

⁴ Fabien Adonon Djogbénou, *Antología de estudios africanos, vol. 1: Hacia el universo negroafricano*, FCPYS-UNAM, México, 2003.



A guisa de conclusión

Se tuvo la prudencia de entrecomillar el tema general del coloquio de este año (2011) “Tiempo mundial y Relaciones Internacionales”. Al respecto, Zaki Laïdi refiere atinadamente:

(...) En tanto que momento histórico, el tiempo mundial busca naturalmente desvincularse del pasado, realizar una ruptura con él a través del discurso de adaptación a la globalización. Pero la singularidad del tiempo presente es que esta ruptura con el pasado no trae consigo ninguna idea de futuro.

¿Cómo puede ser de otra manera? Los tiempos de los pueblos del mundo no son los tiempos de los amos del mundo del ayer y del hoy. Termino insistiendo en lo siguiente: los tiempos africanos no son los tiempos de los políticos africanos, no son los tiempos de sus aliados exteriores. Cuando un pueblo quiere vivir lo irreal del discurso ajeno, cuando un pueblo quiere vivir con una memoria ajena a la propia, se despersonaliza, se debilita, entra en decadencia y termina por apagarse. Para los africanos, se trata de saber hasta qué punto pueden precipitarse en el camino y propiciar dicha situación; saber cuándo deben caminar más lento para que el pasado logre el progreso que África desea, el progreso que deseamos para África.

En los pueblos de tradición oral, como los africanos, no hay ruptura entre el pasado, el presente y el porvenir; la tradición oral es, por así decirlo, vigencia del pasado en el futuro-presente. Dice el poeta: “Antes que hoy se vaya, ha llegado mañana, y ayer no se va nunca”.